

SAN JOSE, COSTA RICA

25 Diciembre 1912

Año II



Núm. 48

# RENOVACIÓN

PUBLICACION QUINCENAL

Sociología - Arte - Ciencia

R. FALCÓ, Editor

Administración: 7ª Av. Este, 247

APARTADO 638

San José de Costa Rica

CONDICIONES:

Costa Rica (trimestre) ₡ 1.00

Extranjero (semestre) \$ 1.00 oro am.

ABONO ANTICIPADO

## SUMARIO

Fotografía de Paúl Gille	
Historia de las ideas morales-XIII. Las ideas morales del siglo XVIII.....	<i>Paúl Gille</i>
Los ignorados.....	<i>Rafael Altamira</i>
Durand I, rey de Francia....	<i>Francis Delaisi</i>
La doctrina racional del siglo XX.-IV. La moral universal.....	<i>Aristide Pratelle</i>
Función de las religiones....	<i>A. Lefevre</i>
Trabajo.....	<i>Emilio Zola</i>
La mujer y la opinión.....	<i>Juana Longfier</i>
Las corridas de toros.....	<i>Jacinto Benavente</i>
Para hacer reflexionar.....	<i>Anatole France</i>
Índice del tomo II	

**20 cénts.**

SAN JOSE, COSTA RICA  
Imprenta Alsina

# Lista alfabética de los periódicos que hemos recibido en 1912

- La Acción Libertaria, (España)  
 La Acción Obrera, (Rep. Argentina)  
 Agrupación «Tiempos Nuevos»,  
 República de Uruguay  
 L' Anarchie, (Francia)  
 Ariel, (Costa Rica)  
 La Batalla, (Cuba)  
 Boletín de Educación Pública,  
 (Costa Rica)  
 Brazo y Cerebro, (Estados Unidos)  
 Brisas Libertarias, (Francia)  
 Cerebro y Fuerza, (Estados Unidos)  
 El Cometa, (Costa Rica)  
 Cordelia, (Costa Rica)  
 Cultura Libertaria, (Uruguay)  
 Cultura Proletaria, (Estados Unidos)  
 Cultura Obrera, (Estados Unidos)  
 La Cuña, (España)  
 Despertar, (Uruguay)  
 Educación Sociológica, (Uruguay)  
 L' Ere Nouvelle, (Francia)  
 La Escuela Moderna (España)  
 El Foro, (Costa Rica)  
 Francisco Ferrer, (Rep. Argentina)  
 Freedom, (Inglaterra)  
 Germinal (Costa Rica)  
 A Guerra Sociale, (Brasil)  
 Hispania, (Inglaterra)  
 Hoja Obrera, (Costa Rica)  
 Hors du troupeau, (Francia)  
 Humanidad, (España)  
 Ideas, (Uruguay)  
 Ideas y Figuras, (Rep. Argentina)  
 Infancia, (Uruguay)  
 El Jardín de los Niños, (Costa Rica)  
 El Jornalero, (Perú)  
 Kuhne, (Cuba)  
 Labor Culture, (Estados Unidos)
- A Lanterne, (Brasil)  
 El Libertario, (España)  
 ¡Luz!, (México)  
 Luz y Vida, (Chile)  
 El Norte, (Guatemala)  
 Nuevos Horizontes, (Puerto Rico)  
 Organización Obrera,  
 (República Argentina)  
 Páginas Ilustradas, (Costa Rica)  
 La Palabra Libre, (España)  
 A prepararse!, (Rep. Argentina)  
 El Productor, (Chile)  
 Pro Patria, (Honduras)  
 La Protesta (Perú)  
 » » (Rep. Argentina)  
 » » (Chile)  
 Regeneración, (Estados Unidos)  
 Revista Escolar, (Rep. Sto. Domingo)  
 La Saeta, (Costa Rica)  
 Salud y Fuerza, (España)  
 San Selerín, (Costa Rica)  
 Solidaridad, (Uruguay)  
 Solidaridad Obrera, (España)  
 Les Temps Nouveaux, (Francia)  
 ¡Tierra!, (Cuba)  
 Tierra y Libertad, (España)  
 El Tipógrafo Mexicano, (México)  
 El Trabajo, (España)  
 La Unión Ferroviaria, (España)  
 L' Università Popolare, (Italia)  
 La Vie Ouvrière, (Francia)  
 La Voz de Santa Marta, (Colombia)  
 Wohlstand fur Alle, (Alemania)

N. B.—No figuran en esta lista los periódicos recibidos en los últimos meses y de los cuales no hemos podido acusar recibo.

**ALBUM RENOVACION.**—Tenemos en venta interesantes tarjetas postales fotográficas, con retratos de hombres célebres. Cada serie vale 2 colones y consta de 10 tarjetas. Está ya lista la primera serie: Eliseo Reclus, Emilio Zola, Francisco Ferrer, Anselmo Lorenzo, Luisa Michel, Miguel Bakunin, Sebastián Faure, Pedro Gori, Agustín Hamon, Manuel Ugarte.

Los pedidos deben ir acompañados del importe. Extranjero: 1 dollars oro m.

**El primer tomo de "RENOVACION"**—Empastado con sencillez, pero con buen gusto, ofrecemos á nuestros lectores el primer tomo de RENOVACION. Precio de la encuadernación: en San José, ₡ 1.10. En provincias: ₡ 1.25.

El precio del primer tomo en el extranjero es de 3 dollars oro americano.



## Lea La Vértiga



San José, Costa Rica

— 25 Diciembre de 1912 —

# RENOVACIÓN

SOCIOLOGÍA - ARTE - CIENCIA

Año II

Ricardo Falcó Mayor, Editor

Núm. 48



Terminamos hoy la publicación de las hermosas páginas de Paúl Gille acerca de la historia de las ideas morales, traducidas por Anselmo Lorenzo. Con tal motivo, estamos seguros de complacer a nuestros lectores ofreciéndoles la imagen del eminente profesor de Bruselas, junto a la del querido hijo.

# Historia de las ideas morales

## XIII

### Las ideas morales en el siglo XVIII

A medida que nos aproximamos a la Revolución, la moral materialista, como hemos visto, se hace más social y más humana, anunciando cada vez más claramente la moral a la vez realista y humanitaria del porvenir.

Pero la ética materialista no constituyó toda la filosofía moral del siglo XVIII.

Pasaremos rápidamente sobre Voltaire, cuya filosofía no fué más que un escepticismo descontento y burlón y que no llegó hasta el ateísmo. Voltaire, como es bien sabido, se dedicó apasionadamente a la causa de la «humanidad», a la lucha contra la superstición y el fanatismo; se alzó rudamente contra la intolerancia religiosa; protestó, con Montesquieu, contra el tormento, y reclamó la libertad política. Profesó un semiespiritualismo que con justicia ha sido calificado de fraudulento, y defendió la creencia en un «Dios remunerador y vengador», lo mismo que en la libertad moral del hombre, y condenó el sistema de Helvecio.

Rousseau también se sujetó a una filosofía semiespiritualista, y combatió elocuentemente el sensualismo en su *Profesión de fe de un vicario saboyano*.

«Rousseau—dice Hegel en su *Historia de la filosofía*—proclamó que la libertad es la esencia del hombre; este principio constituye la transición a la filosofía de Kant, de la cual fué fundamento».

En efecto, como ya hemos dicho, en Rousseau como en Montesquieu, Kant tomó la inspiración dominante en su pensamiento filosófico y moral.

Vigorosa protesta contra una organización social que había llegado a ser intolerable, noble reivindicación de los derechos de libertad, la palabra de Rousseau tuvo inmensa resonancia y

sirvió de guía en su obra emancipadora a la Asamblea Constituyente y a la Convención Nacional. Fué útil, utilísima en aquella época, en tanto que hoy sólo podría producir perjudiciales resultados.

Es evidente que la doctrina de la vuelta al estado de naturaleza es la que puede haber más antipática a la creencia en el progreso, creencia que precisamente consiste en colocar la edad de oro delante y no detrás de nosotros. Añádase que la hipótesis de un contrato social, es decir, de un pacto en que mediante el goce de ciertas ventajas, tales como la seguridad, etcétera, etc., han consentido los hombres en abandonar la vida de aislamiento y de independencia que les era natural, para vivir en sociedad, es una hipótesis que nada justifica. El estado natural del hombre no es el aislamiento; el hombre sobre todo es un ser social, y no es cierto que haya existido un tiempo en que los hombres estuvieran sin lazos que les unieran. En cuanto hubo hombres sobre la tierra, hubo pueblos, tribus, es decir, sociedades estrechas e imperfectas, es verdad, pero que por medio de evoluciones y revoluciones sucesivas, han llegado a ser lo que vemos. Ya no puede suponerse que hubo un día en que los hombres se decidieran a asociarse, como no puede admitirse que en un momento dado se hubieran puesto de acuerdo para comer y respirar.

Sin embargo, Rousseau demostró rigurosamente que la sociedad entera reposa, no sobre los intereses materiales o sobre la razón abstracta, como lo habían sostenido Helvecio y Montesquieu, sino sobre la voluntad real, única que hace del hombre un ser moral.

Pasemos, por último, a Kant, esa encarnación tan característica del ra-



cionalismo metafísico, a que fué a parar el movimiento filosófico y moral del siglo XVIII.

La moral kantiana se funda sobre la idea de que en la conciencia humana existe un sentimiento *a priori* del deber, guía seguro e infalible. «De lo dicho—según Kant—resulta que todas las nociones morales tienen perfectamente *a priori* su sitio y su origen en la razón, y esto tanto en la razón humana más vulgar como en la razón más especulativa, que esas nociones no son abstraídas de ningún conocimiento experimental y como tal contingente; que esa pureza de su origen constituye precisamente su mérito... que uniéndoles empirismo se les quita verdaderamente influencia... La conciencia moral y el sentido moral no pueden adquirirse; pero todo hombre, como ser moral, lleva en sí esta conciencia primitiva».

No es posible burlarse más audazmente del sentido común y de la experiencia que como lo hizo el célebre metafísico. Sin la menor reflexión se arrodilla ante la idea del deber, que ni siquiera trata de comprender.

«Deber—exclama en un rasgo de lirismo metafísico, —pensamiento maravilloso, que no obras por la insinuación, ni por adulación, ni por la amenaza, sino contentándote con presentarte al alma con tu austera sencillez; mandas, no el respeto, sino siempre la obediencia; delante de tí todos los apatitos se callan, por rebeldes que sean en secreto; ¿cuál es tu origen?»

Para el naturalista psicólogo ese misterio no existe; el sentimiento del deber, mucho menos omnipotente que lo que cree nuestro metafísico, procede de una lenta y penosa preparación, que ha dejado en los centros nerviosos huellas hereditarias. Además, harto vemos que ese sentimiento del deber no existe en el mismo grado en todos los hombres.

La experiencia, una experiencia vulgar, nos ha enseñado también que a un sentimiento cualquiera del deber organizado en el cerebro humano, es

grato obedecerle y penoso resistirle, de lo que resulta una sanción íntima, muy importante desde el punto de vista de la moral práctica.

Esta sanción desagrada mucho a Kant; de tal modo se ha divorciado irremediablemente de los hechos su espíritu metafísico.

«Hay—dice—almas dispuestas a la simpatía, que sin otro móvil que el procedente de la vanidad o del amor propio, sienten una satisfacción interior esparciendo la felicidad en su alrededor, y son dichosas con la alegría ajena, porque la consideran como obra suya. Pero yo afirmo que una acción, ejecutada en esa disposición, por conforme que sea con el deber, y por mucho que sea el afecto merecido por su autor, carece de valor moral verdadero y debe colocarse en la misma línea que otras inclinaciones, por ejemplo, la de la gloria».

Y en otro lugar:

«En obrar por simpatía, por compasión, por caridad, no hay absolutamente ninguna moralidad: esos actos van contra la moral».

«¿Será verdad—decía ya Montaigne—que para ser completamente bueno necesitamos serlo por oculta, natural y universal propiedad, sin ley, sin razón, sin ejemplo?»

Pero Kant es lógico; deduce valerosamente las consecuencias de sus premisas, por absurdas que sean. Y a su juicio, el valor moral de una acción es completamente distinto de su objeto; resulta únicamente de su principio determinante, independientemente de los objetos que pueden ser deseados.

Todo ello es puro delirio metafísico, y el absurdo de tales proposiciones es tan patente, que es inútil combatir las seriamente.

He aquí la humorada con que Schiller las contesta:

#### «ESCRÚPULO DE CONCIENCIA

«Sirvo voluntariamente a mis amigos; pero ¡ay de mí! lo hago con inclinación, y suele asaltarme el remordimiento de no ser virtuoso.

## »DECISIÓN.

«Te queda un recurso: trata de despreciar esa inclinación, y haz entonces con repugnancia lo que te manda el deber».

Peró por ahito de abstracción que se esté, no pueden menos de entrecerse un poco los hechos entre la niebla metafísica, y, según declaración del mismo Kant, ese desprendimiento absoluto que nos predica no es de este mundo, lo que le apena en gran manera: «De hecho—dice—es absolutamente imposible establecer con perfecta certidumbre un solo caso en que la máxima de una acción, conforme con el deber, no haya tenido otra base que principios morales y la representación del deber... Por todas partes se encuentra el yo en vez del precepto estricto del deber».

Tal es la oración fúnebre del famoso imperativo categórico; porque la ley *a priori* del deber se desvanece si nadie la atiende.

He ahí adonde va a parar fatalmente la «metafísica de la moral», con su concepción simplista y puramente racional de la vida.

¡Cuánto más elevado, más noble y más prácticamente humano era la viviente sabiduría de un Vauvenargues!

Vauvenargues, que parece encarnar, sintetizar y simbolizar las cualidades de equilibrio y de vida del pensamiento filosófico francés, realista, humano y militante del siglo XVIII, nos trae precisamente lo que había de faltar a Kant, el culto y el estudio del corazón y de la pasión, y como consecuencia, una moral *viviente*, fuera de todo aparato metafísico, originada en el manantial mismo de la vida, fecunda, eficaz, práctica y radiante como la misma vida.

Tal fué la grandeza de la filosofía francesa en aquella grande época. Lo que constituyó la superioridad de ese resurgimiento del pensamiento y de la razón, que tiene tantos puntos de contacto con una simple vuelta al pensamiento estoico después del eclipse

católico-cristiano, es que la pasión vivificante y tonificante tuvo en él su lugar legítimo. Lo que causó la debilidad y la impotencia final del estoicismo fué aquel ideal de impassibilidad y de apatía que le alejaba de la acción eficaz y fecunda donde está la salvación y la victoria.

El siglo XVIII francés tuvo como sostén de su razón la llama tónica de la pasión. Con Vauvenargues había hecho un lugar al corazón y a todas las virtudes de ese foco y de ese resorte del alma, a la sensibilidad, a la ternura y a la pasión humanas.

Ello es que el progreso, en último análisis, consiste ante todo en el desarrollo de la sensibilidad y de la intensidad de vida en una delicadeza y una vivacidad crecientes.

El desarrollo y el afinamiento de la sensibilidad, es en el fondo el alma y y la base de todos los demás progresos. El mismo desarrollo de la inteligencia, que tanta inclinación hay a oponerle en nuestra época secamente intelectualista y racionalista, no es más que un aspecto de ese progreso, porque la misma inteligencia no es sino una forma superior procedente de la sensibilidad en la que se halla arraigada. Y la razón, como la voluntad que de ella depende, ¿no procede original y fisiológicamente, para el no metafísico, del impulso, según la palabra profunda de Ovidio: «*Et quoa nunc ratio est impetus ante fuit?*» Y lo que es ahora la razón, ¿fué antes impulsión?

Desarrollo de la sensibilidad, desarrollo, por la memoria acumuladora, de la potencia, de la fuerza de vida, del potencial energético y de la actividad, *soltura creciente de la vida*; tal es el progreso terrestre, biológico y social.

Y si en una última ojeada sintética abarcamos el conjunto de los estados morales, de los estados sucesivos de evolución del alma humana que hemos estudiado, veremos, en efecto, a la humanidad desprenderse poco a poco, reforzándose, de la pasividad



primitiva de que el Oriente hizo su sabiduría; llegar en el estoicismo a la noción de la libertad por el equilibrio y la fuerza de la voluntad; después, tras la depresión cristiana, reflujó de la pasividad oriental, orientarse por último hacia la vida integral cálida y radiante del porvenir, donde el corazón tendrá su lugar, y la pasión, como el sentimiento, gozarán de su dignidad y de sus derechos; donde, conforme con la palabra de Vauvenar-

gues, «la primera de las virtudes será la humanidad»; donde el espíritu orgánico del mundo será ese espíritu que vive de tolerancia, de indulgencia y de clemencia humanas, cuyo soberano valor proclaman siempre *Reflexiones y máximas*.

¡Gloria imperecedera al siglo XVIII por haber abierto la vía a la Humanidad realizada al fin en el mundo humano!

PAÚL GILLE

(Conclusión).

## Los ignorados

Todos los años, el correo se encarga de prolongar una de las manifestaciones más simpáticas de las fiestas de Navidad y Año Nuevo: el cambio de tarjetas y cartas de felicitación. Lentamente, hoy cinco, mañana tres, pasado uno, van llegando los pequeños sobres abiertos, que os recuerdan a un amigo, a un compañero de viaje, a un huésped afectuoso en lejanos países. Y el saludo, renovándose, convierte el mes de enero en una revisión grata de relaciones que, a veces, sólo en esta ocasión se hacen visibles.

Pues bien; todos los años me sugiere ese hecho la misma reflexión, que, a primera vista, nada parece tener de común con su causa: la reflexión de lo pueril de las vanidades de muchos nombres y de lo estrecho y mezquino que es el círculo de nuestro conocimiento de la humanidad actual, no obstante la frecuente afirmación de que el mundo es muy pequeño. Entre los nombres que van pasando ante mis ojos, a medida que saqué de sus envolturas cartas y tarjetas, ¡cuántos hay de escritores de mérito, de trabajadores infatigables, de inventores de cosas útiles, de sembradores de ideas fecundas, de héroes de la justicia y el derecho, a quienes sólo la casualidad me hizo conocer, no obstante lo mucho que su obra representa para el progreso de la civilización! Esos mismos que yo conozco, los que, a su vez, co-

noce cualquiera de ellos, serán en cambio ignorados por millones de hombres, no ya del vulgo o de los dedicados a otras esferas de la actividad, sino de sus mismos compañeros de profesión y de aficiones. Y detrás de los pocos de que ya tengo noticia, ¡cuántos otros que rendirán a la humanidad los frutos admirables de su labor, y serán para una inmensa mayoría como si no hubiesen vivido, no sólo porque ignore sus nombres, sino porque ni aun pueda aprovechar lo que, para bien de todos, hicieron! Las rachas de modas extranjeras en materia literaria que, de vez en cuando, soplan desde Francia o Italia y llegan hasta nosotros, nos dan ejemplos repetidos de esto. Lanzan a nuestra publicidad cuatro o cinco nombres ilustres que, a menudo, corresponden a escritores de hace cincuenta años, quizá muertos, y a la exclamación ordinaria: «¿Cómo hemos podido ignorar durante tanto tiempo obras de tanto valor?», se junta esta otra: «¿Cuántas más no habrá, que también merezcan nuestra admiración, que podrían darnos momentos de sublime goce y que nunca llegarán a ser sabidas de nosotros?»

Cuando murió Zola, un periódico canadiense publicó la noticia en la siguiente forma: «Ha fallecido en el destierro un tal Emilio Zola, que se hizo célebre en el asunto Dreyfus.» Todo eso es lo que sabían del gran no-

velista, el corresponsal que telegrafió el suceso y la redacción del diario; es decir, un grupo de *intelectuales*, de gentes a quienes se debía suponer conocedoras de lo que representaba el nombre de Zola, aunque sólo fuese por la cultura noticiara que comunica el leer y copiar otros periódicos. Si esto ocurrió con un literato de fama tan universal como el autor de *Los Rougon*, no puede maravillarnos que ocurra continuamente con otros que, sin dejar de tener muchos méritos, no han logrado (ni por lo común lo han pretendido) hacerse populares. No hace falta ir a regiones lejanas; en Suecia, en Noruega, en Rusia, en el Japón, en China, hay sin duda innumerables literatos, dibujantes, hombres de ciencia cuya nombradía no traspasa los límites de su nación o de su localidad; pero no los hay menos, para gran parte de los europeos, en Inglaterra, verbigracia, o en el pueblo portugués. Podrían citarse numerosos poetas y novelistas de primer orden de ambos países, que, o no han llegado al público continental (al de los Estados *latinos*, singularmente), o comienzan ahora a ser fragmentariamente conocidos. ¡Cuánto bien haría para la depuración del gusto estético, la difusión de sus obras!

Ni el caso de la muerte, que es el momento de las alabanzas, pone remedio a esta limitación, fundamentalmente irremediable. Acabo de citar el hecho relativo a Zola. Con motivo del fallecimiento de Mommsen, advertía un escritor francés, el Dr. Levin, que hasta para morir se necesitaba suerte, en esto de la resonancia por el mundo; pues, sin negar ninguno de los grandes títulos que Mommsen tenía

para que su pérdida fuese lamentada por todos los hombres de cultura, resultaba una desproporción enorme entre sus necrologías francesas y las dedicadas a Helmholtz, «el genio más grande que en las ciencias naturales ha habido después de Newton, y a cuya labor debe la humanidad una herencia incomparable de hechos e ideas científicas»; a pesar de lo cual, casi no pasó de unos pocos renglones lo que le dedicaron los diarios franceses.

Pues bien: cuando pienso en todo esto, en el sinnúmero de hombres de valer cuya obra es ignorada por la inmensa mayoría de los demás, y que, a veces, ni aun se incorpora, anónima, al acervo común, o tarda mucho en conseguirlo; y cuando recuerdo ejemplos como los que he citado antes, no puedo menos de compadecer a esos infelices, verdaderos desgraciados dignos de lástima, que se agotan en esfuerzos por atraer hacia sus nombres la atención del público, sin otra mira fundamental en su trabajo, o se preocupan y hasta se desvelan ante la consideración del momento inevitable en que desaparecerán de esta tierra y se desvanecerá en la nada el conjunto admirable de energías que hoy forman su poder intelectual. ¡Triste es vivir preocupado por ese fantasma de la nombradía y de la gloria! Si alguna vez me tentara el diablo por este camino, es seguro que me salvarían de la caída las tarjetas de Navidad y Año Nuevo, y la historia de tantos hombres de valer positivo, a quienes sólo la casualidad me hizo conocer, hojeando bibliografías o viajando por el mundo.

RAFAEL ALTAMIRA

## Durand I, rey de Francia

Hay en cierta parte de Europa un soberano más absoluto que Luis XIV o Napoleón, más autócrata que el Zar de todas las Rusias, y este soberano es el señor Durand, ciudadano francés.

Todo poderío emana de él. Hace las leyes, dicta la justicia, administra la cosa pública, reglamenta los matrimonios, los divorcios, los nacimientos y las sucesiones, interviene en los más



graves intereses de familia, vigila el ejercicio de las religiones, se encarga de la educación de los niños y estimula las bellas artes. Al mismo tiempo fija la cantidad de los impuestos y su reparto, reglamenta con sus tarifas aduaneras la entera producción y los transportes, determina el precio del pan, de la manteca, de los billetes del ferrocarril y de los fósforos. Y por añadidura regula las relaciones del país con las demás potencias, firma tratados, emprende conquistas, decide la paz o la guerra y reglamenta la suerte de millones de árabes, de millones de amarillos y de millones de negros.

No hay un dominio de la actividad humana, ni un solo interés material o moral en que no ejerza su todo poderío.

Se podría suponer que semejante soberano debe tener una actividad muy grande, una inteligencia superior y una cultura universal... Nada de esto tiene.

El señor Durand es un bravo hombre, lleno de buen sentido, pero un poco tragón. En la escuela primaria ha aprendido a leer, escribir y contar, la historia de Clovis, la de Duguesclin y de Juana de Arco y que la República es el mejor de los gobiernos. Si por casualidad ha llevado sus estudios un poco más lejos, aprendió unas cuantas palabras de latín y de griego, los trozos más bellos de Racine y de Corneille y a escribir correctamente en francés. Por lo demás, ni una sola palabra de los negocios públicos. No obstante, cuando llega a la edad de veintiún años, le ponen en las manos una papeleta electoral y le dicen: "Tú eres el pueblo soberano."

Naturalmente, este soberano es muy incapaz de administrar los negocios públicos. Por otro lado, tampoco tendría tiempo: su oficio, su familia y sus placeres le absorben todo el día. Por esto delega representantes que por él se ocupen de los asuntos del Estado. En Francia sobre todo es donde puede decirse aquello de: "El rey reina, pero no gobierna."

Estos representantes del soberano son de dos clases: los *parlamentarios* y los *burócratas*.

Los primeros están bajo la dependencia directa del pueblo, que los nombra por cuatro o nueve años y puede dejar de reelegirlos si no está contento de ellos. Votan los impuestos, hacen las leyes y están obligados a inspeccionar los actos del gobierno. — En su mayor parte son médicos de provincias, abogados de pequeñas capitales, veterinarios, profesores, periodistas, gente lista todos, pero profundamente ignorantes de la vida, de las reglas de la administración y de los intereses generales de la Nación. Nada tan curioso como la prisa con que se vacía la Cámara tan pronto como se trata una cuestión que no es propiamente electoral. De 1.000 diputados y senadores no hay más que unos 150, siempre los mismos, que se ocupen con asiduidad de los negocios públicos. Y lo bueno es que cuando principian a comprender algo, un capricho del cuerpo electoral les devuelve a menudo a sus enfermos o a sus expedientes. No tienen ni competencia, ni estabilidad, y por lo tanto, ninguna influencia real. Y estos son los que representan directamente al pueblo.

En cambio, los burócratas son competentes. Para obtener su empleo han tenido que pasar por exámenes y oposiciones a menudo difíciles, y cuando entran a ocupar las plazas de los ministerios efectúan una labor que, por ser siempre idéntica, acaban por conocer bien. Salvo una falta grave, no pueden ser destituidos. Su saber, su honradez, y a menudo su espíritu de rutina y su fuerza de inercia, forman contrapeso a la ignorancia y a la ligereza de los representantes del sufragio universal. Por medio del Consejo de Estado y de los reglamentos de administración pública, corrigen y modifican las leyes hechas aprisa y corriendo por nuestros legisladores, y por los fallos del Supremo las aplican como se les antoja. Son el verdadero gobierno de la Nación. A decir verdad, ellos mismos se reclutan por medio de exá-

menes y de oposiciones; sus ascensos se hacen, salvo excepciones, según reglas fijadas de antemano; hasta se oponen muy respetuosamente a los acuerdos de sus ministros, no disimulando su hostilidad a los diputados que se entrometen en sus asuntos.

Así tenemos que, de dos clases de delegados a quienes el pueblo confía su poder, los unos, por el pueblo nombrados, no tienen influencia real, y los otros, los que gobiernan, escapan a su vigilancia.

\* \* \*

Y no obstante, Durand I no es un rey gandul. Está lleno de buena voluntad. No se contenta con nombrar sus representantes; quisiera también vigilar su gestión. ¿Pero cómo? Hay las memorias oficiales. Cada año las grandes oficinas administrativas y las grandes comisiones de la Cámara y del Senado publican sendas memorias documentadas por sus correspondientes críticas. Estas voluminosas memorias son hechas a centenares; cada una de ellas cuenta de 500 a 1000 páginas, atiborradas de hechos, de estadísticas y de cifras. Para comprenderlas preciaría tener una educación especial; meses y meses enteros para leerlas. Y ya hemos visto que Durand I es un bravo soberano que no dispone de muchos ocios, y por añadidura, las estadísticas le causan jaqueca.

Afortunadamente aquí están los periódicos para sacarle de apuro.

Por la modesta suma de cinco céntimos, unos hombres amables le sirven todas las mañanas un informe sumario sobre todos los asuntos públicos. En ocho o diez páginas, claras, divertidas, espirituales, encuentra todo lo que puede interesarle, desde las cotizaciones de la bolsa, los perros aplastados, los hechos y gestos de las mundanas renombradas, hasta las consideraciones sobre los cometas o el impuesto sobre la renta. Pero sobre todo, cada día, en la primera página del periódico, encuentra una crítica severa de los actos del gobierno. Diputados, senadores, burócratas, ministros, y hasta

el mismísimo Presidente de la República, son tratados a menudo con extrema insolencia, y Durand I, a pesar de ser muy respetuoso con todas las autoridades, encuentra un placer extremo leyendo estas injurias. De este modo se imagina que sus representantes están bien vigilados por los periódicos.

No se pregunta a sí mismo si estos virtuosos periodistas que tan bien le informan son independientes, si estos grandes periódicos que lo «saben todo» ocultan alguna cosa. No se imagina siquiera que por un escándalo llevado a la opinión, cincuenta no traspasan las salas de la redacción; que el asunto Duez, por ejemplo, conocido de todos hace tres años, no se ha hecho público sino porque un ministro tuvo interés en desembarazarse de un colega peligroso, y que, en fin, todos estos periódicos viven mucho más de los escándalos que ocultan que de los que revelan al público. Pero Durand I ignora todo esto. Cree cándidamente que, gracias a los grandes rotativos, la política no tiene secretos para él, y considera la libertad y hasta la licencia de la prensa como la suprema garantía de su soberanía.

Así que, eligiendo los parlamentarios, los cuales nombran los ministros, que a su vez nombran los burócratas, y vigilando a unos y a otros por medio de los grandes periódicos, Durand I está persuadido de que verdaderamente es dueño de sus destinos, y cada cuatro años deposita gravemente en la urna electoral el pedacito de papel que representa su docemilésima parte de soberanía.

\* \* \*

Con todo, hace unos cuantos años que el señor Durand anda inquieto.— Parece que no está muy seguro de su poderío. No se pregunta ya: *¿por quién volaré?* sino *¿es necesario volar?*

Es que había puesto en la papeleta electoral inmensas esperanzas y que éstas no se realizan.

Antaño, en aquellos tiempos en que



solamente votaban los ricos, en que era necesario pagar 50 francos de contribuciones *directas* para poder ser elector y 300 francos para ser elegido, tanto el gobierno como la administración y la justicia eran muy duras para los pequeños. Y los campesinos sobre el surco, los obreros en los talleres y los empleados en los almacenes se decían: «Si nosotros votáramos como los burgueses, si tuviésemos el sufragio universal igual para todos, como nosotros somos los más numerosos, tendríamos mayoría en todas partes y seríamos los amos. El gobierno, creado por nosotros, se ocuparía de nosotros. Las leyes, las oficinas, los tribunales, nos serían ya favorables. Veríamos la supresión de la miseria y del paro forzoso, tendríamos los seguros contra los accidentes del trabajo y los retiros para la vejez, la elevación de los salarios, la higiene de los talleres, un reparto más justo de los impuestos, y tal vez un mejor reparto de las riquezas; en una palabra, el advenimiento de la justicia, de la igualdad y de la libertad verdaderas.»

El pueblo creía que todo esto iba a realizarse el sufragio universal. Para conquistarlo, Durand el abuelo hizo la revolución del 93; Durand el utopista hizo la del 48, y Durand el comunista se hizo fusilar contra el muro de los Federados. En fin, Durand I obtuvo su sufragio universal; hace ya cuarenta años que lo tiene y ved el resultado.

En poco menos de medio siglo, tres leyes sociales votadas: la una, sobre los accidentes del trabajo, se la escamotean las compañías de seguros; la segunda, sobre el descanso dominical, no se aplica, y la última sobre los retiros obreros, será una entruchada financiera.

Aparte de esto, los proletarios continúan soportando la casi totalidad de los impuestos, como antaño; los obreros continúan siendo fusilados por la tropa, y los militantes encarcelados en nombre de los grandes principios y de la libertad de la imprenta.

En cambio, reinan los hacendistas; los empréstitos repetidos enriquecen a

nuestros banqueros; el dinero de las reformas sociales se gasta en acorazados de 40.000.000, que se van al fondo del mar con admirable buena voluntad; los 1.000.000.000 de las congregaciones se evaporan en los bolsillos de los liquidadores, de sus protectores políticos y de sus comisionados. Los políticos son cómplices, la magistratura aprueba y el gobierno prepara nuevos «programas.»

Por todas partes, pues, la corrupción se ostenta cínicamente y ni siquiera podemos indignarnos, porque se ejerce en nombre del mismo pueblo soberano.

Con todo, éste principia ya a no conocer su República. Encuentra que se la han cambiado desde el imperio. Se pregunta si su soberanía tan soñada no es una farsa y la democracia un atrapa-tontos.

Pues bien, sí, señor Durand, te engañan. Mientras que con grandes esfuerzos la República conquistaba la Francia, los hacendistas y los hombres de negocios conquistaban la República. Organizados sólidamente en poderosos sindicatos, se han apoderado de los grandes periódicos con cuya ayuda manejan la opinión; por este medio aterrorizan a los diputados y a los ministros a quienes, por lo demás, consuelan interesándoles en sus negocios. Imponen al gobierno su programa, vigilan su ejecución en las oficinas llenas de gente hechura suya. Después, amos ocultos de todos los rodajes del Estado, cubren todo el territorio con una red de comités y de periódicos con cajas repletas y bien guardadas, tienen los comités Mascaraud para sostener pecuniariamente a los «buenos» candidatos, que no siempre son de segunda fila, y consiguen, por fin, que el mismo pueblo sancione su propia explotación.

Los mejores cerebros de la clase obrera comienzan ya a adivinar y husmear todo esto. Pero no saben cómo se hace. Esta cocina político-financiera escapa a sus miradas.

FRANCIS DELAISI

# La doctrina racional del siglo XX

## IV

### La moral universal

Las transmutaciones atómicas de que es teatro la molécula orgánica transforman el éter en materia pesada y en átomos superetéreos o vitalíferos. El proceso vital que nunca ha cesado de producirse en la superficie de la Tierra desde los primeros tiempos, tendría por efecto el acrecimiento incesante del peso y del volumen de nuestro planeta. ¡Tal sería sin duda el procedimiento universal empleado por la Naturaleza para adquirir una visión, una sensación fugitiva de sus realidades fenomenales, tomadas en conjunto!<sup>1</sup>

Así como para comprender el mecanismo íntimo de los fenómenos físicos, precisa ante todo hacerse una idea justa del éter imponderable, así, las diversas morales específicas de los seres vivos no pueden ser estudiadas sin tomar en cuenta la moral rudimentaria, hasta cierto punto latente, del mundo inorgánico y sobre todo, el alma de esas incontables mónadas de éter que llenan el espacio infinito. Una filosofía racional de la naturaleza, una moral completa de la vida universal debe comprender todos los elementos que la integran. Debe procurar mostrar cómo cada unidad substancial elemental puede llegar a ser superetérea, etérea o pesada y cómo, por consiguiente, está llamada a conocer todas las situaciones, todos los modos pasionales posibles. Una comprensión más amplia y más humana del papel de nuestra raza en este planeta no debe olvidar las múltiples morales específicas de los seres y de las cosas que encierra nuestra morada terrenal.

Según lo que precede, podemos ya

formular los principios o axiomas de esta moral sintética del Kosmos, que coordinará armónicamente, en una sociedad razonable, las múltiples morales particulares de los seres y de las cosas. Ante todo ¿cuál será el principio moral de cada especie viva, la regla de conducta que deberá seguir para vivir y perpetuarse? Es evidente que todo lo que sea útil a la multiplicación de una especie, a la variedad de sus razas y de sus individuos, al aumento de la suma de bienes disponibles, al mejoramiento de la calidad de estos bienes, será moral para esta especie. Todo lo que al contrario tienda a disminuir el número de sus representantes, a uniformar sus aptitudes o a privarlos de goces, será inmoral para esta especie. Existen sin embargo ciertas especies vivas que a veces olvidan o desconocen su moral específica: la trucha que devora a sus hijos; los grandes reptiles pelágicos de la era secundaria que debieron (sic) devorarse los unos a los otros, después de haber destruído la mayor parte de los seres vivos que habitaban la superficie de los océanos; en fin, el hombre mismo que, hoy todavía, sigue tan fielmente el mal ejemplo de esos monstruos marinos, cuando destruye estúpidamente a sus semejantes en guerras de nación a nación, o cuando por orgullo, por crueldad, por egoísmo individual, esclaviza a su especie, explota a sus representantes más débiles y trata de sacar provecho de su sangre y su sudor. Por esto, para cada variedad, cada raza o cada individuo, todo lo que aumenta y diversifica la suma de sus goces, todo lo que intensifica su vida conciente, es moral, en la justa medida en que la expansión de su personalidad no hiere el derecho legítimo y correspondiente que los otros representantes de la raza, de la variedad o de la especie poseen.

<sup>1</sup> No queremos hacer comentarios. ¡Juzgue a su modo el lector «la doctrina racional del siglo XX» en lo que tiene de original! ¡Y diga si los bellos trozos que se encuentran en este artículo son novedades que tengan seria conexión con las ideas de Clemencia Roger!—TRADUCTOR.



Para el hombre y para un gran número de especies superiores, y aun inferiores, el principio del egoísmo individual se completa con el principio del altruísmo. Forma superior del egoísmo, el altruísmo se manifiesta como el placer que nos lleva a ayudar a nuestros semejantes o aun a nuestros hermanos inferiores, como el deseo ardiente de sacrificarnos por la salud ajena, como la voluntad de consagrar nuestras fuerzas y facultades a la realización de una idea, a la persecución de un ideal. Tanto y más que el principio de la lucha por la vida y de «la supervivencia del más apto», la ayuda mutua ha contribuido al progreso indefinido de las especies asociables.

Se comprende ya que la mayor variedad posible en los caracteres físicos y facultades psíquicas de las especies y de los individuos pueda acarrear la mayor suma posible de felicidad general en el mundo sensible, con la menor suma de mal posible. Es en el reconocimiento de este hecho, consecuencia de la naturaleza íntima de las cosas, en lo que basaremos el principio axioma de la moral universal: *todo lo que multiplica en el mundo por los mayores factores posibles el número de las existencias concientes, y sus variedades, con la diversidad, la intensidad, la suma y la calidad de los goces que ellas pueden repartirse, es moral. Todo lo que disminuye estas cantidades, es inmoral.* Para cada mundo el bien sería la multiplicidad de las existencias individuales, su variedad, su dicha; para cada especie, cada raza, cada familia, sería el aumento del número de sus representantes, hasta un límite máximo para cada mundo; para cada uno de ellos, será la felicidad más perfecta con la más alta suma de actividades útiles. Por encima de todas estas morales, específicas o individuales, el bien universal, absoluto, será realizado por la mayor suma posible de existencias concientes, tan variadas y variables como posible, y por el máximo de goces diversos para cada una de ellas.<sup>1</sup> Son

estos principios-axiomas, que se desprenden lógicamente de las leyes físicas, dinámicas y psíquicas de la sustancia universal, las conclusiones a que llegará la gran doctrina racional del siglo presente. Son ellos desde ahora los principios que deberemos seguir en la redacción de la literatura filosófica que la doctrina reclama.

Yo no puedo atribuirme la paternidad de los principios de moral universal del Kosmos que acabo de resumir. Estos principios figuran en el libro citado de Clemencia Roger: *El Bien y la Ley Moral*. Como casi todas las obras de la gran filósofa, este librito está agotado, hace ya mucho tiempo. En París se le encuentra con grandísima dificultad. Al presentar yo por mi cuenta esos principios, he procurado conservar las fórmulas adoptadas por Clemencia Roger, hablar su propia lengua y respetar sus ideas, en la medida en que permanecían perfectamente racionales y lógicas. Mi tarea personal se ha reducido a rejuvenecerlas y ponerlas al nivel de los progresos de la sociología moderna. Verdaderamente, el libro entero debería ser escrito de nuevo de un cabo al otro, descargado de las fórmulas algebraicas, de las superfluidades y de los puntos débiles, vivificado por una comprensión más amplia y más justa del vasto movimiento de ideas del viejo mundo. Yo espero poder realizar tal empresa. Me parece que un pequeño código de la moral universal y de las principales morales particulares que encierra, una rápida exposición de los principios de la filosofía de la esperanza científica y racional, no sería inútil en estos tiempos de desbarajuste moral y social. Mientras tanto, tengo el gusto de anunciar a los compañeros de la América latina que leen el francés que he puesto a la venta, hace algunos meses, un resumen de la *Constitución del Mundo* de Clemencia Roger, al cual he dado como título su más bello descubrimiento: *El Atomo Fluido, Motor del Mundo*. He querido en esta obra poner al alcance de todos la explicación verdaderamente

<sup>1</sup> *El Bien y la Ley Moral*, Clemencia Roger.

científica y racional de los grandes fenómenos del Kosmos que nos dió la inmortal filósofa. ¡Esperamos que nuestro abreviado estudio sobre la gran doctrina racional del presente siglo dará a los lectores de **RENOVACION** el deseo de estudiar más a fondo

esta grandiosa filosofía dinámica de la Naturaleza y de ayudarnos en seguida en la obra urgente de elaboración y de propaganda filosóficas a que nos hemos consagrado!

ARISTIDES PRATELLE

(*Conclusión*).

## Función de las religiones

La *Religión* puede definirse así: La *ilusión* que da a las cosas, a los seres reales o imaginarios, a los fenómenos de toda naturaleza, a las visiones, a los actos, a las facultades y a los conceptos del hombre, de las intenciones, de las voluntades y de las personas, que hay que conciliar por la plegaria y por la ofrenda. Aplicada esta definición a toda religión. Ni a una siquiera deja de ser aplicable.

Como primer esfuerzo de la curiosidad servida por la imaginación para explicar las relaciones del hombre con el medio ambiente, esa ilusión ha ejercitado por largo tiempo al espíritu humano, inspirado la poesía y el arte, y, combinada en dosis diversas con la razón creciente, ha dado origen a las teogonias y las cosmogonias, a los sistemas filosóficos, y ha sugerido soluciones del pretendido problema moral, tan interesantes como vanas.

Mientras que las creaciones de las ilusiones religiosas han sido proporcionadas al intelecto, a los conocimientos y costumbres de los pueblos, han contribuido y participado al progreso de las artes y las instituciones. Pero cuando han quedado por debajo de la experiencia y la razón, han detenido la evolución, han obstruido el camino y condenado al hombre al retroceso, a desviaciones y a miserias infinitas. Los parásitos que las explotan, los poderosos que las utilizan, las

han defendido con el hierro y con el fuego y, cosa peor, por los compromisos.

Los dioses no hablan; no poseen laringe, ni tercera circunvolución frontal; las orejas les faltan también: no oyen. Los dioses no comen; carecen de boca y de estómago. Los dioses no poseen manos para recibir las ofrendas.

Pero gentes hábiles se apercebieron a tiempo y suplieron todos esos órganos indispensables. Y en nombre de los dioses hablaron, escucharon y contestaron, comieron y metieron el dinero en sus bolsillos. Traficaron con el favor divino y vendieron a los reyes la obediencia de sus súbditos.

Dejaron de predicar la ilusión y explotaron la mentira.

Dueños de las mujeres por el charlatanismo, de los niños por la falsa educación, de los ignorantes por la rutina y el terror, han erigido la fe en enemiga de la razón.

Desde ese momento, la historia de la humanidad es la lucha entre la credulidad y el libre examen. Todo progreso intelectual ha sido una conquista sobre la religión. El distanciamiento entre la religión y la sociedad es la medida misma del progreso.

Tal es la función que las religiones han desempeñado en la etnografía y en la historia.

A. LEFEVRE

---

COMPAÑEROS.—Si queréis ayudar á la vida y difusión de **Renovación** suscribidos y buscadnos suscriptores. Se puede servir desde el primer número sin aumento de precio. El abono de la suscripción en el extranjero es: **2 dólares al año**. Pago anticipado. En Costa Rica: **1 colón trimestre**.



## Trabajo

El trabajo es la vida misma; la vida es un continuo trabajo de las fuerzas químicas y mecánicas.

Desde el primer átomo que se puso en movimiento para unirse a los átomos cercanos, la gran labor creadora no ha cesado, y esta creación que continúa, que continuará siempre, es como la tarea misma de la eternidad, la obra universal a que venimos todos a traer nuestra piedra.

¿El universo, no es un inmenso taller en que jamás se huelga, en que los infinitamente pequeños hacen cada día una gigantesca labor, en que la materia obra, fabrica, engendra, sin descanso, desde los simples fermentos, hasta las criaturas más perfectas?

Los campos que se cubren de mieses, trabajan; los bosques en su pasado crecimiento, trabajan; los mares, haciendo rodar sus olas de uno a otro

continente, trabajan; los mundos que son llevados por el ritmo de la gravitación, a través de lo infinito, trabajan.

No hay un ser, no hay una cosa que pueda inmovilizarse en la ociosidad: todo va arrastrado, atacado a su tarea, obligado a poner su parte en el común empeño.

Quien quiera que no trabaja, desaparece por eso mismo, rechazado, como estorbo inútil, y ha de ceder el puesto al trabajador necesario, indispensable.

Tal es la única ley de la vida; que no es, en suma, más que la materia trabajando, una fuerza en perpetua actividad, el dios de todas las religiones, para la obra final de la dicha, cuya imperiosa necesidad llevamos en nosotros.

EMILIO ZOLA

## La mujer y la opinión

Un hombre debe desafiar la opinión.  
Una mujer debe someterse a ella.

SAINTE VEUVE

Es una hermosa frase desde el punto de vista literario; presenta, según conviene a la pluma masculina, al hombre como un Dios que puede permitirse todo y a la mujer como una esclava creada para la férula.

Protesto contra la fanfarronería del hombre, lo mismo que contra la pasividad de la mujer. ¿Por qué desafiar la opinión si es justa? ¿Por qué someterse a ella si es falsa?

Se debe obrar según la conciencia propia, sin distinción de sexo, y sin preocuparse de ese dios feroz y tiránico denominado «el qué dirán». Hasta diré que si alguien tiene el derecho de

desafiar la opinión, somos las mujeres, que le debemos una gran parte de la tiranía que sufrimos y de la que somos nosotras mismas las autoras por el culto insensato que rendimos a ese ídolo grotesco.

Para derribar la divinidad monstruosa, comencemos por no dirigir a otro los juicios inconsiderados que tanto nos hacen sufrir cuando se dirigen contra nosotras. Ya habremos hecho mucho cuando podamos pasar dos horas entre mujeres sin destruir media docena de reputaciones; y en cuanto a lo que nos concierne, la única continencia que nos conviene enfrente de la opinión, es adoptar esta divisa: «Hacer bien y dejar decir».

JUANA LONGFIER

## Las corridas de toros

Las corridas de toros son un vicio de nuestra sangre, envenenada desde muy antiguo. Quizá hayan sido muy convenientes, o lo sean todavía, como

derivativo atenuante de mayores ferocidades. Si no se tostara a los toros en las plazas, tal vez tostaríamos he-rejes en las hogueras inquisitoriales.

Como en las antiguas y bárbaras religiones al dulcificarse sus prácticas, el animal ha sustituido a la víctima humana en los sacrificios expiatorios.

Lo incomprensible es la pasiva indiferencia, que en este caso es aprobación y asentimiento, de la Iglesia católica ante las corridas de toros. Tan celosa en fulminar anatemas contra los errores de pensamiento, más involuntarios y disculpables, no lo es del mismo modo contra estos errores de acción.

Las blasfemias y los pecados de las plazas de toros, no le preocupan a la Iglesia como una sola vacilación espiritual. Diríase que todo lo teme de la inteligencia y nada de la brutalidad. Para la inteligencia son todos sus rigores, para la brutalidad sus más indulgentes sonrisas.

Consecuencia de esta indulgente disposición de la Iglesia hacia las corridas de toros, es el gracioso favor de las más nobles y católicas damas, que nunca protestaron contra la salvaje fiesta. ¡E!las, todo suavidad y dulzura y sentimientos cristianos; ellas, que por menos de nada protestan contra el periódico, el libro, la comedia; ellas, que por combatir algo menos pecaminoso y anticristiano fundan sociedades y ligas y apostolados..... contra las corridas de toros, nada! Asisten complacidas y autori-

zan con su presencia una fiesta de sangre, en la que puede morir sin confesión, en pecado mortal, un hombre, un prójimo, una criatura humana; una fiesta en que tanto se ofende a Dios y en que tanto se rebaja la dignidad del hombre!

A despecho de toda lógica sucede entre las mujeres españolas que justamente las que menos alardean de sus sentimientos religiosos, son las menos aficionadas a las corridas de toros. Las mujeres de nuestra clase media, las menos devotas, son también las menos toreras. En cambio las damas de nuestra aristocracia, las más tocadas de devoción, son el mejor ornato de las corridas. Entre las mujeres del pueblo, también suele ir unido el fanatismo supersticioso—no es otra cosa el sentimiento religioso en la mujer del pueblo—a la furia torera. La estampa de la Virgen de la Paloma y el cromo de Vicente Pastor, no suelen estar muy distanciados. Entre los hombres, también podéis estar seguros de que el aficionado a los toros es siempre un espíritu *fetichista* de estampitas, un retrógrado siempre. Son los que no comprendieron ni amaron nunca una idea si no la vieron personificada en el ídolo, en la estampita milagrera.

JACINTO BENAVENTE

## Para hacer reflexionar

...¡Ser ciudadano enorgullece! Para los pobres consiste en apoyar y conservar los ricos en su poderío y ociosidad. Deben trabajar ante la majestuosa igualdad de las leyes, que prohíbe al rico como al pobre dormir debajo de los puentes, mendigar por las calles y robar pan. Es uno de los beneficios de la Revolución...Esta ha entregado Francia a los hombres de dinero, que hace cien años que la están devorando. Son sus dueños y señores. El gobierno aparente, compuesto de pobres diablitos lastimosos, galopines y calamitosos, está a sueldo de los hacendistas.

Hace cien años que en este envenenado país todo aquel que ama a los pobres es tenido por traidor a la sociedad. Se es un hombre peligroso cuando se afirma que en Francia hay miserables.

ANATOLE FRANCE

---

### AVISO IMPORTANTE

Ponemos en conocimiento de nuestros suscritores del exterior que es indispensable el abono anticipado del año 1913, si es de su agrado la revista.



# INDICE

	Págs.		Págs.
<i>Albertazzi Avendaño, José</i>		<i>Delaisi, Francis</i>	
Torna al pueblo .....	40	La acción extraparlamentaria .....	263
<i>Adoptado</i>		La Iglesia y la Masonería .....	313
La lepra y las chinches .....	140	Los partidos políticos en Francia .....	344
El valor alimenticio de los dulces .....	173	Durand I. rey de Francia .....	374
<i>Admiradores (Sus)</i>		<i>De «El Universo»</i>	
Ricardo Flores Magón .....	234	Pensamiento .....	304
<i>Aguadé Miró, Dr. J.</i>		<i>Faure, Sebastián</i>	
Aspecto médico-social de las enfermedades sexuales en el matrimonio .....	282, 316 y 330	Por la libertad del niño .....	203
<i>Allanira, Rafael</i>		Enseñanza - Libertad o monopolio .....	302
Los ignorados .....	371	<i>Ferrer Guardia, Francisco</i>	
<i>Benavente, Jacinto</i>		Oyendo a Ferrer mismo .....	201
El pan nuestro .....	9	<i>France, Anatole</i>	
Las corridas de toros .....	381	Para hacer reflexionar .....	381
<i>Balz, Andrés</i>		<i>Ghiraldo, Alberto</i>	
Contra la prensa de sangre .....	157	Fuerza .....	13
<i>Barret, Rafael</i>		Voz de combate .....	40
La elocuencia .....	269	<i>Guerrero, Praxedis G.</i>	
<i>Coto, Rubén</i>		Escuchad .....	58
Kaiser .....	13	<i>Gori, Pedro</i>	
Dos diamantes .....	61	La definición del delito .....	132
Parábola de los Hacheros .....	77	<i>Gille, Paul</i>	
Sol para el corazón .....	237	Historia de las ideas morales. 149, 164, 181, 194, 229, 242, 259, 275, 308, 323, 338, 353 y	370
De cara a la tempestad .....	320	<i>González Rucavado, Claudio</i>	
<i>Calderón, Alfredo</i>		El Poder Docente .....	211
¿Anarquista? .....	57	El carácter .....	349
La mujer .....	189	Capítulos de una novela inédita .....	363
<i>C. D.</i>		<i>Irina</i>	
La Fe Racionalista .....	74	Los pobres chiquillos .....	108
<i>Castelar, Emilio</i>		<i>Ingenieros, José</i>	
Errores del socialismo de Estado .....	106	El sainete electoral .....	120
<i>Clemenceau</i>		<i>Jiménez Rojas, Elias</i>	
La Libertad de Enseñanza .....	135	De todo y de todos. 109, 125, 141, 156, 174, 190, 205, 239, 253, 271 y	286
<i>Ciges Aparicio, M.</i>		Notas .....	320 y 363
Las luchas de nuestros días .....	204	<i>Key, Ellen</i>	
<i>Campo, Cupertino del</i>		La enseñanza de la religión .....	10
Consejos prácticos .....	249	<i>Lorenzo, Anselmo</i>	
<i>Duque, Andrés</i>		El Proletariado Emancipador. 1, 17, 33, 49, 65, 81, 97 y	113
Las manos de las madres .....	41	El «Quijote» revolucionario .....	129, 146 y 161
<i>Delgado, Sinesio</i>		El ciclo de la rutina .....	145
La costurera .....	108	El derecho a la salud. 177, 193, 226, 241, 257 y	273
<i>De «Notas Terapéuticas»</i>		Recordando a Ferrer .....	289
Lord Lister .....	154	El tiempo .....	305
<i>Díaz-Relg, E.</i>		Entre dos evoluciones .....	321
Sobran perros y faltan hijos .....	236	Antagonismo social .....	337
<i>De «Acción Libertaria»</i>		<i>La 1ª Dirección</i>	
El Problema de la Enseñanza .....	247	Cultura popular .....	16
		Un abrazo .....	104
		<i>La 2ª Dirección</i>	
		Acusando recibo .....	191 y 43

<i>Lira, Carmen</i>			
Vidas estériles .....	28		
Higiene social .....	89		
<i>López, Isaac G.</i>			
La Ley del progreso triunfará .....	44		
<i>Laisant, C. A.</i>			
Los crímenes del dinero .....	235		
<i>Leante, Eugenio</i>			
La ciudad .....	266		
<i>Lefevre, A.</i>			
Funciones de las religiones .....	350		
<i>Longfier, Juana</i>			
La mujer y la opinión .....	381		
<i>Llamosas, A.</i>			
Jordano Bruno a sus jueces .....	139		
<i>Malato, Carlos</i>			
Palabras de oro .....	3		
<i>Montaigne</i>			
Pensamientos .....	48		
<i>Maturana, José de</i>			
La musa del taller .....	69		
<i>Marín, Andrés</i>			
¿Quién eres? .....	107		
<i>Masferrer, Teresa</i>			
Niñas y pájaros .....	124		
<i>Mella, Ricardo</i>			
La razón no basta .....	179		
Diálogo acerca del escepticismo .....	199		
Renovación .....	209		
Literaturas bélicas .....	304		
<i>Nordau, Max</i>			
Mentiras sociales .....	292		
<i>Octavio Picón, Jacinto</i>			
Amorosa .....	59		
<i>Ortega, José T.</i>			
El alba .....	124		
<i>Pellicer Paraire, Antonio</i>			
Conferencias populares sobre sociología, 4, 19, 33, 51, 67, 83, 99 y .....	114		
<i>Proudhon, J. P.</i>			
Para hacer reflexionar .....	105		
<i>Pi y Margall, Francisco</i>			
Diálogos sobre la belleza .....	19		
La Revolución .....	106		
El Individualismo y el Comunismo .....	136		
Pobres y ricos .....	152		
La usura .....	198		
Libertad moral .....	300		
<i>Parrhisia</i>			
La mujer desde el punto de vista práctico .....	153		
<i>Posada, Adolfo</i>			
La Universidad .....	184		
<i>Pratelle, Aristides</i>			
La Constitución del Universo .....	187		
La doctrina racional del siglo XX. 128, 148, 161 y .....	178		
<i>Reclus, Eliseo</i>			
La Revolución .....	196		
<i>Ribot, T.</i>			
Moral y Religión .....	211		
<i>Sinclair, Upton</i>			
Derecho de propiedad .....	59		
<i>Sánchez, Luis</i>			
Una reina charitable .....	78		
<i>Saturnio</i>			
El deber del pobre .....	270		
<i>Tolstoi, León</i>			
Sabiduría de niños.—La religión .....	172		
<i>Thivars, Miguel</i>			
Justicia distributiva .....	191		
<i>Ugarte, Manuel</i>			
La novela de las horas y de los días .....	96		
La voz del pueblo .....	91		
Sol de sanero .....	94		
<i>Varios</i>			
Para hacer reflexionar .....	123, 112 y	109	
Pensamientos .....	223 y	285	
Fragments .....		339	
<i>Vila, Vargas</i>			
Verdad y Libertad .....	155		
<i>Vas Ferreira, Carlos</i>			
Ayer, hoy, mañana .....	167		
<i>Zeledón, José María</i>			
Salmo de año nuevo .....	1		
Crónicas Sociales .....	14, 29, 46, 62, 79 y	94	
Welcome! .....		64	
<i>Zola, Emilio</i>			
Los imbéciles .....	61		
La ignorancia .....	168		
Trabajo .....	581		
<i>Zeda</i>			
El personaje reinante .....	170		
La ignorancia .....	168		
<i>Zulucta, Luis de</i>			
El alma de la escuela .....	212		
<i>Zurriaga, Rafael</i>			
Racionalismo y neutralismo .....	280		
<i>Zozaya, Antonio</i>			
El título .....	334		



# BIBLIOTECA DOMENECH

## NOVELAS INÉDITAS

originales de los principales autores ESPAÑÓLES y AMERICANOS  
alternadas con  
LAS MEJORES PRODUCCIONES LITERARIAS del Extranjero

Tomos lujosamente encuadernados de 225 á 300 páginas

**A cuatro reales tomo**

### OBRAS PUBLICADAS

Almas anónimas, Eduardo Marquina.  
Manzana de Anís, Francis Jammes.  
El caso Leavenworth, esta obra consta de dos tomos, A. K. Green.  
Jacobé, Joaquín Ruyra.  
Zalacain el aventurero, Pío Baroja.  
Juventud de Príncipe, W. M. Forster.  
Tom Sawyer, *detective*, Mark Twain.  
El amor catadrático, G. Martínez Sierra.  
La enjuta, Victor Catalá.  
Dios salve á la Reina!, Allen Upward.  
La bella dormía en el bosque..., François de Nion.  
Rebeldía, Joaquín Dicenta.  
El señor de Halleborg, A. Hedenstjerna.  
Casa por alquilar, Carlos Dickens.  
Minnie, Andrés Lichtenberger.  
El dragón de fuego, Jacinto Benavente.  
Boda oficial, R. H. Savage.  
Rey en la tumba, Anthony Hope.  
Fausto, Ivan Turgueneff.  
El silencio, Eduardo Rod.  
Jerusalén en Dalecarlia, S. Lagerlof.  
Historias de locos, Miguel Sawa.

Kolstomero, León Tolstoi.  
Ernestina, Prudencio Bertrana.  
El hurto sabroso, novela árabe, traducida por José Carner.  
Apuntes de un desconocido, 2 tomos, Fedor Dostoyewsky.  
Las cerezas del cementerio, G. Miró.  
El espada flontes, Frank Harris.  
La voz de las campanas, C. Dickens.  
Nerto, Federico Mistral.  
El lunar, Alfredo de Musset.  
Ansias de vida, Luis Q. Huertos.  
El cadaver viviente, León Tolstoi.  
Nuestras hermanas, Henri Lavedán.  
¿Culpable?, W. Le Queux.  
Su Majestad, Henri Lavedán.  
El reflujó, R. L. Stevenson.  
María, Jorge Isaacs.

### EN PRENSA

Por la vida, J. Pous y Pagés.  
Las Rocas Blancas, Eduardo Rod.  
Las dos vidas, Eduardo Marquina.  
La puñalada, Marián Vayreda.

Se atienden órdenes por correo si van acompañadas del importe

AGENTES EN CENTRO AMERICA:

**Ricardo Falcó M. y José María Zeledón**

7ª Avenida, Este, 247. — Apartado 638, SAN JOSE, COSTA RICA

### OBRAS NUEVAS

Nuestras hermanas — ¿Culpable? — Su Majestad — El reflujó  
**MARIA**

## ALMACÉN DE VÍVERES

Tejidos de todas clases,  
Vinos, Licores, Ferretería, Perfumería, etc., etc.

Todo exclusivamente por mayor

# La Alhambra

Esta casa no tiene sucursales

PAGÉS Y COMPAÑÍA

Hemos recibido y tenemos ya a la venta, la bella obra

## MARIA

del escritor colombiano Jorge Isaacs, uno de los más afortunados prosistas de la América, que tan alto nombre pudo alcanzar en la literatura universal. La insistencia con que esta novela es solicitada en donde quiera que el habla castellana campea, se explica por el alto interés sentimental que ella representa. Ese compendio de amor y de infortunio, vivirá mientras no muera el sentimiento que le ha dado origen.

La vendemos en tomos lujosamente empastados de los de la Biblioteca Domenech, a **cuatro reales** cada uno.

**Puntos de venta.**—En SAN JOSE, Librería Falcó, 7ª Avenida, Este, 247 y Barbería Española; PUNTARENAS, Juan Bta. Romero Casal; ALAJUELA, Calvo Fernández & Cº; NARANJO, Demetrio Cordero; HEREDIA, Rafael J. Elizondo; SANTO DOMINGO, R. Chaves; ESCASÚ, José J. S. Aguilar; ATENAS, Tomás Venkins.

**Dirección:** 7ª Avenida, Este, 247 — **PETIT PARIS**